

JUBILEO DE LOS CAMPESINOS

Santuario de El Rincón, 11 de noviembre del 2000

Queridos hermanos y hermanas:

No sucede a menudo entre nosotros que los hombres y mujeres que trabajan la tierra, que viven en el campo, que están en continuo contacto con la naturaleza, tengan la oportunidad de reunirse en la Iglesia para alabar al Señor y darle gracias por todos sus dones.

Doy gracias a Dios por esta oportunidad, en este Año Santo, de celebrar el Jubileo de los campesinos. El campesinado cubano, como toda persona que está en contacto con el mundo natural, tiene un profundo respeto a Dios, Creador de cuanto existe. El cubano en general, sea del campo o de la ciudad, muy raramente maldice a su Creador o muestra hacia Dios una actitud ofensiva en sus palabras.

Las misioneras de Madre Teresa de Calcuta, que atienden a enfermos en estado ya de agonía en el hospital oncológico, se sorprenden de ver cómo hombres y mujeres jóvenes, que han tenido muy poca formación religiosa y no han frecuentado la iglesia, se confían a sus oraciones; rezan con ellas lo que saben rezar y nunca protestan con rebeldía hacia Dios en medio de sus dolores y sufrimientos.

Esta actitud de acatamiento ante el inmenso Poder de Dios, que nos deja maravillados con su grandeza, es aún más marcada entre quienes cuidan la tierra y la trabajan. Esa actitud la expresaba un poeta antiguo en un precioso salmo que leemos en la Biblia escrito mucho antes del nacimiento de Cristo:

Señor, dueño nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra.
Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para darle poder?
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies. (Salmo 8)

En realidad, todo ser humano que se detenga a pensar un poco queda impresionado por la sabiduría de Dios y por el hecho de que ese Dios tan grande se fije en nosotros. El relato de la creación, que fue anunciado hoy en la primera lectura, tomada del primer libro de la Biblia: el libro del Génesis, contiene plan de Dios al crear al hombre. Ante todo debemos decir que ese relato recoge lo que de siglo en siglo, de generación en generación, contaban los padres a sus hijos para enseñarles lo que Dios quería y esperaba de ellos.

Nadie pudo ser testigo del momento en que en la Tierra hubo un primer hombre y una primera mujer, pues estaban ellos dos solos ante Dios, pero Dios envió su Espíritu Santo a un autor y lo llenó de inspiración divina para que pusiera por escrito toda aquella sabiduría del pueblo que se transmitía de padres a hijos. Y así, no tenemos una narración donde aparezca la hora, ni cómo, ni cuándo, ni dónde apareció el primer hombre sobre la Tierra, sino aquello que nos interesa de veras a nosotros hoy, lo que ha interesado siempre al ser humano y le interesará en el futuro: ¿para qué nos ha creado Dios?, ¿quiénes somos nosotros?, ¿por qué amamos; sufrimos y tenemos tantas ansias de felicidad en nuestros corazones? Son las mismas preguntas que le hacía a Dios el poeta del salmo que mencionaba: ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?

Esas grandes respuestas para esas grandes preguntas las trae la Biblia. Escuchemos las palabras del libro de Génesis que fueron leídas hoy: «Dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

¡Qué profundo significado encierran estas palabras!

Nosotros no somos, pues, un animalito más, como los que criamos para comer, para trabajar en el campo, o para acompañarnos y cuidarnos la casa. Dios creó todas las plantas y los animales, pero al llegar a la creación del hombre hace un alto, y dice especialmente y solemnemente que va a dar vida a una criatura que tendrá en sí la imagen del mismo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». ¿Qué significa esto? Hay algo superior en el hombre, él tiene una dignidad especial: el ser humano puede pensar, puede amar, desear, mirar hacia el pasado y hacia el futuro. El animal sabe algunas o muchas cosas, puede también querer; pero no sabe que sabe, no sabe que quiere, no sabe que vive, no sabe que va a morir. Nosotros tenemos, sin embargo, en nosotros mismos, la imagen de Dios, ese sello de grandeza y dignidad con que nos marcó el Creador que nos hace conscientes y, además, responsables ante la creación. Nosotros sí sabemos que sabemos, que queremos, que vivimos y que morimos. Es interesante cómo la Biblia insiste en que Dios creó al hombre a su imagen, «a imagen de Dios los creo, hombre y mujer los creó». No puede quedar ninguna duda: Dios le da al ser humano una dignidad especial y queda muy claro que esa condición especial es tanto del hombre como de la mujer. La mujer no es un ser inferior, esclava del hombre, sino igual a él ante Dios y ante todos. Por eso leemos también en el relato bíblico de la creación la orden precisa que Dios les da a los dos: «que dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos... Miren –dice la Biblia–, les entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que producen semilla les servirán de alimento...». Y añade el texto que «vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno».

El hombre y la mujer son puestos, pues, en el mundo para conocer a Dios, amarlo, colaborar con Dios y hacer producir la tierra. Al sembrar y cosechar, al dominar los animales para el trabajo y para que sirvan de alimento a la humanidad, el hombre está dominando el mundo natural, tal y como Dios se lo mandó. Está haciendo uso de un poder que Dios le dio para su propio bien y el de los demás. En eso, el hombre debe parecerse a Dios, debe ser semejante a Dios.

Cuando hace ya casi cuarenta años comenzó a popularizarse el ateísmo en Cuba y se hablaba de que la creencia en Dios era algo del pasado, se hizo muy frecuente una frase que molestaba mucho a los campesinos, y a otros cubanos también: «venceremos a la naturaleza». Porque uno vence en un combate a un enemigo y la naturaleza no es enemiga nuestra. Dice la Biblia que Dios vio cuanto había creado y era bueno, el enemigo es malo, Dios le confió la naturaleza al hombre para que dominara sobre las aves del cielo, los peces del mar y los animales que caminan sobre la tierra y esto para el bien del ser humano, para su alimentación, para su desarrollo. El hombre es un aliado de la naturaleza. Pero, si agrade a la naturaleza, ya no cumple el mandato de Dios y suceden entonces males mayores, como cuando corta más árboles de los que siembra, mata más animales que los que nacen o combate las plagas con productos químicos que dañan la salud. Hoy nos inquietamos porque hemos agredido tanto la naturaleza que hasta el clima está cambiando: sequías largas, lluvias torrenciales que lo arrasaron todo y otros fenómenos preocupantes.

Justamente, lo que afirma nuestra fe católica es que nosotros debemos hacer producir la tierra, pero respetando el orden establecido por Dios en la naturaleza. Nosotros debemos dominar la creación, pero siguiendo el mandato de Dios y bajo la mirada del Creador. Eso es lo que hace el campesino cuando cosecha, cuando cría sus animales. Lo que daña al hombre y constituye un pecado es querer dominar, con un poder *absoluto*, la naturaleza, porque así quiere ocupar el lugar de Dios. Solo Dios tiene el gran Poder sobre el mundo, y qué bueno que sea así, porque los seres humanos podemos usar del poder con dureza, con violencia y también equivocarnos, pues no lo sabemos todo. Solo Dios puede hacer uso de su inmenso Poder sin aplastarnos, porque nos ama con un amor sin límites, solo Dios sabe lo que nos conviene. En Dios no puede haber equivocación, porque Él es perfecto y es toda Bondad.

Dios no es solo Poder infinito, sino Amor infinito. En el Evangelio de San Juan leemos: «Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo». El Hijo de Dios «estaba en Dios y era Dios», nos dice también San Juan, pero ese Hijo eterno de Dios «se hizo carne y habitó entre nosotros». De las entrañas purísimas de la Virgen María, escogida por Dios para ser la Madre de su Hijo eterno, nació Jesús. Vino a nosotros pobre, nació en medio del campo, vivió en el pueblecito pequeño de Nazaret y trabajó con sus propias manos, San Pablo dirá que el Hijo de Dios «se despojó de su rango, pasando por uno de tantos». Este año Jubilar celebra los 2.000 años de que el Hijo de Dios se hizo hombre. Esa es la razón de nuestro júbilo, de esta fiesta.

En Jesucristo, Dios nos muestra también su Poder, pero en el perdón, en el amor y la misericordia. Porque Dios es grande no solo cuando crea al mundo y al hombre, sino es grande también perdonando, amando y teniendo compasión. Así debemos ser también los seres humanos, a semejanza de Dios no solo somos grandes cuando construimos un gran edificio o echamos a andar las máquinas de una central, sino cuando sabemos tender una mano, olvidar un agravio, tener misericordia con un pobre infeliz.

Al proclamar nuestra fe cristiana en el Credo, nosotros entregamos confiados nuestro corazón a Dios Padre Todopoderoso y también a Jesucristo, su Hijo que nació de la Virgen María y murió por nosotros en la Cruz. Es el mismo y único Dios el que nos creó y el que se entregó por nosotros en la Cruz. No es mayor el Poder de Dios cuando crea el mundo que cuando desde la Cruz el Hombre-Dios, Jesucristo, salva al mundo y perdona las faltas de fe y de amor de todos los seres humanos «que no saben lo que hacen».

Nuestro Dios no se quedó mirando desde lo alto del cielo hacia el hombre pecador que Él había creado y que se rebeló contra Él, sino que vino a nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados, y los clavó en la Cruz. Como hombre que era, murió; como Dios, que tiene poder, resucitó y retornó al Padre, donde estaba desde siempre, pero llevándonos a todos nosotros con él: «me voy a prepararles una morada», dijo Jesús a sus discípulos la noche antes de morir. No hemos sido creados solo para esta tierra, para cultivarla, hacerla producir y ser enterrados después en ella. Hemos sido creados para Dios, y Cristo vino a buscarnos, venció a la muerte en la Cruz y al resucitar glorioso nos lleva con Él a su gloria. Esta es nuestra esperanza. Esto es lo que nos hace caminar por la vida trabajando como Dios quiere, sirviendo y amando a todos, aun hasta los enemigos, porque somos «ciudadanos del cielo».

Esta fe cristiana tenemos que sembrarla en los corazones de los niños, de los jóvenes y no solo en la familia, sino también en todos los que nos rodean.

¡Qué hermosa comparación tomada de la vida del campo puso Jesucristo a sus discípulos!: «salió el sembrador a sembrar su semilla... una parte cayó al borde del camino y vinieron las aves del cielo y se la comieron, otra parte cayó en terreno pedregoso y no creció nada, otra cayó en terreno con yerba espinosa y nació la plantita pero las espinas la ahogaron enseguida; otra cayó en tierra más o menos buena y dio frutos: una dio treinta, otra dio sesenta y otra, cien. Nadie mejor que el mismo Jesucristo para explicar lo que significa esta parábola, o sea, qué quería decir Él al contarnos esta historia. Dice así Jesús: «El sembrador siembra el mensaje. Los del camino son aquellos en quienes se siembra el mensaje, pero en cuanto lo escuchan viene Satanás y se lleva el mensaje sembrado en ellos. Lo mismo, los que reciben el mensaje en terreno rocoso son los que, al escuchar el mensaje, lo acogen en seguida con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y luego, en cuanto surge un aprieto o persecución por el mensaje, fallan. Otros, los que reciben la simiente entre espinos, son los que escuchan el mensaje, pero las preocupaciones de esta vida, la seducción por las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan el mensaje y se queda estéril. Por fin, los que recibieron la semilla en tierra buena son aquellos que escuchan el mensaje, lo aceptan y dan su cosecha: uno treinta, uno sesenta y uno ciento».

Al escuchar esta explicación de Jesús, la primera pregunta que debemos hacernos cada uno de nosotros es: ¿como qué clase de tierra me porto yo al recibir la semilla de la Palabra de Dios? Porque

Dios nos ha dado a todos una mente y un corazón para ser capaces de recibir la buena semilla de su mensaje que puede transformar nuestras vidas, pero nosotros podemos permanecer indiferentes, duros o despreocupados.

Cuando ustedes siembran, saben que una tierra es pedregosa, saben que otra está llena de Marabú y ahí no se da nada, saben que otra tierra es buena. Pero sucede de un modo distinto en los seres humanos. Recuerden que, al crearnos, Dios nos hizo buenos. Somos nosotros los que endurecemos el corazón como la piedra y la buena semilla del mensaje de amor de Jesucristo no puede germinar y dar frutos. Somos nosotros los despreocupados, nos hacemos como un camino por donde todos pasan, pisoteando y llevándose con ellos la buena semilla de la fe que Dios ha puesto en nosotros por el bautismo, que hemos conocido por el catecismo que hemos aprendido, que ha crecido en nuestros corazones por la santa comunión que hemos recibido. Somos también nosotros los que ahogamos con espinas la plantita buena de la fe cristiana, que no puede crecer si hay odios o rencores en mí, si cedo ante el pecado, si soy violento en la casa, si no hay fidelidad y delicadeza en la vida matrimonial, si los muchachos y muchachas jóvenes viven vacíos y dejan de ser sanos, usando de la bebida y de las relaciones sexuales en forma dañina y no como Dios quiere. Todas esas espinas terminan por ahogar la pequeña planta que nace de la semilla buena que Dios sembró en nosotros.

Es decir, eres tú, somos cada uno de nosotros los que cuidamos la buena tierra con que Dios nos hizo para que no se vuelva pedregosa, espinosa o árida. Pero también cuando nos damos cuenta de que esa tierra ya se ha echado a perder aun así podemos sanearla. Cristo tiene todo Poder y nos dijo antes de volver al Padre: «Yo no los dejo huérfanos, yo les enviaré mi Espíritu Santo», y con la fuerza del Espíritu no hay piedra dura, ni espinas que minen el campo, porque como dice San Pablo: «Todo lo puedo con Aquel que me fortalece».

Este Año Santo, el Jubileo que estamos celebrando, nuestro Congreso Eucarístico de La Habana que tendrá lugar los días 8, 9 y 10 de diciembre, y la Navidad de este año 2000, son ocasiones muy favorables para que dejemos que la semilla de la fe y la esperanza en Dios caigan en tierra buena. Dejen que Jesucristo trabaje el campo de su corazón con el vigor del Espíritu Santo y hagan un propósito firme, con esa ayuda de Dios, de abonar, limpiar, quitar hierbas malas; para dar frutos buenos y en abundancia. Dios lo espera de ustedes.

Pero, además, todo cristiano tiene que hacer trabajo de sembrador. Nuestra semilla es la palabra buena de fe, de amor, de aliento, de esperanza que decimos a quienes nos rodean, sea la familia o los que comparten con nosotros nuestro trabajo. La semilla que sembramos son también las buenas acciones para con el prójimo: cuando lo servimos con desinterés, cuando le prestamos ayuda, cuando sabemos perdonar y pasar por alto ingratitudes y aun ofensas. A veces, nos parece que esto no vale la pena, que esa buena semilla cae en tierra muy mala, pero sigamos adelante, recuerden que Jesús dice que nuestro deber es salir a sembrar el bien y nos dice también el Señor que algo cae siempre en buen terreno.

Ya sabemos que tenemos que lidiar con nosotros mismos, con nuestro carácter, con nuestras propias piedras y espinas, sabemos también que es difícil ayudar al prójimo con sus miserias y dificultades. Pero sigamos en todo el consejo que el apóstol Santiago nos da en la segunda lectura que escuchamos hoy: «tengan paciencia, hermanos, hasta que venga el Señor; miren cómo el labrador aguarda la valiosa cosecha de la tierra, esperando con paciencia a que reciba la lluvia temprana y la tardía. No pierdan la paciencia tampoco ustedes, refuercen el ánimo, que la venida del Señor está cerca».

Sí, queridos hermanos y hermanas. Dios llega a nuestras vidas en cualquier momento y trae siempre amor, paz y esperanza. Pídanlo así al Señor con mucha confianza en esta celebración jubilar.

Al Dios de Gran Poder, que nos envió a su Hijo Jesucristo a sembrar en nuestros corazones la buena semilla de la verdad y del amor y que nos dio su Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.